

Ubaldo Fernández



La lectora de
Saramago



Ubaldo Fernández

LA LECTORA DE
SARAMAGO

EDICIONES DOCE CALLES

1ª Edición:
Ilustración de Portada: Mara Fernández

© de los textos: Ubaldo Fernández
© de la presente edición:
Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com
ISBN: 978-84-9744-249-7
Depósito legal: M-17014-2019
Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Biografía.....	11
Preámbulo.....	13
Agradecimientos.....	17
La lectora de Saramago.....	23
Briseida.....	27
El Viaje.....	39
La casa rural. Los arribes del Duero.....	47
El viaje de vuelta.....	79
Sixto.....	89
Camino a casa.....	127
Una pausa para el lector.....	183
La confesión de Briseida.....	193
Lo que el autor contó a Briseida.....	237
El Duero como testigo.....	269
Briseida y Alicia.....	315

PREÁMBULO

Con el libro *En torno a Saramago* pretendía comunicar al lector que Saramago no estaba dentro de la caverna de Platón, lugar oscuro de engaño y falta de pensamiento. Por eso, titulé la primera parte «Saramago fuera de la caverna». Era mi intención invitar a la lectura del novelista luso. Tal vez en algunas páginas abusé de las implicaciones filosóficas que arrastra toda la obra saramaguiana. Tal vez algún lector se vio desbordado y pensó que, antes de leer todas esas líneas, necesitaba abrir las novelas de Saramago y consultar o recordar los filósofos que se citan en el libro. Insisto que mi intención era, y sigue siendo, impeler al lector hacia la narración del escritor portugués. Dicho esto, ¿qué pretendo ahora?

Nada nuevo, sigo en mi tesón de acercar a don José Saramago a todo amante de la lectura y esta vez, dejando a un lado el embrollo de las citas, por medio de una pequeña historia. Intentar escribir una novela sobre la novela del maestro portugués, además de pretencioso, es aceptar la derrota desde la misma línea de salida. De nuevo, insisto, es sólo una invitación como ya advertí en el libro citado, libro que recibió el tierno y generoso correo que envió Pilar del Río, compañera de Saramago.

En esta ocasión he descartado el ensayo y pongo en su lugar una protagonista, Briseida, para nombrar, a través de ella, alguno de los títulos del Nobel portugués. Son historias dentro de una breve historia, un relato de novela corta, en la que se mezclan la fantasía, la posible realidad y algún que otro toque de reflexión siempre de una manera breve y pasajera. También, en una imperdonable imitación de nuestro Unamuno, hago que algunos personajes se rebelen contra el autor por su inexperiencia en el arte de hacer novelas. Don José era un filósofo con mucha imaginación y, para nuestro deleite, conocía el arte de comunicar su pensamiento a través de la novela. ¿He intentado yo eso mismo? No, sólo quiero

hacer de puente para que alguien pase a la otra orilla, a la ribera donde, en una estantería de pino alto, descansan los escritos y la mente de Saramago. Buscar otras intenciones es tarea inútil.

Nada nuevo vamos a descubrir en las líneas de nuestra pequeña novela a quien ya conoce la obra de este novelista, el trabajo está dedicado a un lector que quizá no conozca del todo el buen hacer literario del portugués universal y, por ello, nuestra satisfacción no es otra que conseguir que alguien se acerque y lea una novela, sólo una, porque para la lectura del resto no habrá que insistir, de esto estamos más que seguros. Las historias dentro de la historia de la novela, que el lector hallará a lo largo de las páginas que esperan, no han tratado de imitar los escritos de Saramago, nuestro atrevimiento no ha llegado tan lejos, porque somos conscientes de que lo personal, el valor de cada uno, en el campo que sea, es inimitable. Somos, afortunadamente, únicos e irrepitibles: unos son mejores, otros son peores, pero nadie es igual a nadie... ¡ni falta que hace! Lo que sí es necesario es que sepamos comprender y asimilar lo que dicen los que saben decir, lo que hacen los que saben hacer, por lo que luchan los que conocen el arte del buen combate.

Así, hemos hecho hincapié para que Briseida, la protagonista de la narración, nos comente, de forma rápida y sin destrozar la novela, algunos pensamientos, tan necesarios en nuestros días, que el novelista luso va sembrando en sus escritos con la finalidad de que algún lector caiga de lleno en ese sentido común, tan poco común a veces, que dice blanco a lo que es blanco y negro a lo que es negro o, mejor, con nuestro refrán: al pan, pan y al vino, vino.

La situación actual bañada con el agua sucia del capitalismo, el miedo al fanático sin sentido, la huida de Cristo y de Marx hacia tierras mejores, esta situación necesita un agujijón que despierte la rabia y la rebeldía que, como nuevo Prometeo, robe el fuego a los dioses para tener luz en nuestra caverna y encontrar la salida. En este escrito sólo lo insinuamos, la respuesta se halla en el referente, en la obra de Saramago. Briseida, la protagonista, no está a la altura de las mujeres de las novelas del portugués, es otro tipo de mujer, moderna e izquierdista de tertulia, no encontramos el cariño y el coraje de las que se pasean por las páginas de las novelas saramaguianas. Estas líneas, ya hemos dicho,

como el ensayo *En torno a Saramago*, simplemente nos informan que unas novelas, en muchos idiomas distintos, vuelan de país a país, como ardilla de árbol en árbol, regalando imaginación y seriedad junto a una rebeldía que no olvide el sentido común. Briseida, mujer concebida con retazos de mujer, lee sus novelas preferidas y, como ella diría, «son novelas de mi agrado y en ellas encuentro lo que me gustaría cambiar en el mundo y en mi mundo personal». Por eso, Briseida, aunque no lo diga, presta y regala siempre novelas del mismo autor en su afán de redimir, como enviada de las alturas, a los que creen que todo lo que hay está bien y, con un estoicismo nuevo, piensan que todo lo que ocurre tiene una lógica razón de ser que sólo conoce la naturaleza o el creador de la naturaleza. Los demás personajes son añadidos para completar su vida: el que ama, la que sueña, la naturaleza como contraste de su vida o la que cree tener poderes mágicos. El relato es esta amalgama de luces y sombras, relato que se limita a unos días, pocos días, pero, creemos, son suficientes para percibir lo que se hubiese escrito, si uno tuviese esa habilidad, con estilo, belleza y claridad, en muchas páginas más. Como paisaje de fondo he elegido unas tierras que están rozando suelo portugués y es que, amigo lector, Saramago quería una república federal ibérica con Portugal incluido. Es curioso, pero ese sueño también lo tiene el gran hispanista Ian Gibson en su último libro.

En fin, yo no soy un especialista en Saramago, soy un lector, he recurrido en ocasiones a recuerdos de la protagonista, narración dentro de narración, enumeraciones. La vida no deja de ser un caminar con la mochila a cuestas y en ella pasan, unos más y otros menos, todos los pasajes anteriores. El día que no seas capaz de soportar el peso caes al suelo, ahí se quedan tus pertenencias y, ligero, entregas a Caronte la moneda, el óbolo, para cruzar la laguna.

Como escribir es escribir para alguien, dejo mi correo para que esta narración pueda ser compartida, corregida, aumentada o destruida. Encantado de recibir la opinión de cualquier lector que quiera dialogar sobre lo que aquí se dice y lo que aquí se muestra, haciendo uso de la conocida distinción entre decir y mostrar que podemos leer en el *Tractatus Logico-Philosophicus* del filósofo Ludwig Wittgenstein.

Madrid, 22 de marzo de 2018.

uferdi7@gmail.com

LA LECTORA DE SARAMAGO

Hoy, 22 de diciembre, es el día de la espera. Miles de canicas de madera tatuadas con un número hacen cabriolas dentro de un bombo grande, una prisión que va liberando, una a una, las pequeñas esferas que llevan en su interior la dicha y el gozo que puede dar el dinero a quien lo necesita o la satisfacción a quien vive para amontonar oro. El tiempo es frío, la suerte va calentando el ánimo de los que sueñan y ven la bolita con su número y la otra bolita con miles de euros. Las personas de este Centro Cultural, propiedad de la política social del ayuntamiento, viven ese ambiente endulzado con el cántico monótono de los niños de san Ildefonso y los mazapanes, regados con algunas gotas de licor, de las fiestas que se avecinan. Las guirnaldas de todos los colores están repartidas por cualquier parte y no podían faltar las bolitas verdes, rojas, azules, plateadas y doradas que cuelgan radiantes de un abeto con poca altura. Todos, sin excepción, juegan el mismo número y comparten el regalo que la diosa Fortuna puede traer para que sus vacaciones se engalanen con una dicha que podía caer como el maná que bajó de arriba, la generosidad del cielo a la tierra.

Tiene este Centro una conserjería que informa y cuida a los que vienen a él. Una biblioteca donde Briseida, especialista en estas labores de orientación, préstamo y lectura, pasa su jornada de una estantería a otra entre programaciones de cursos, actividades y conferencias. Es un equipo de personas quienes mantienen con vida este Centro. El director, un coordinador y asesores de los que cuatro son mujeres y dos hombres. En los pasillos de las aulas y talleres nos podemos topar con alguien que imparte idiomas, informática, pintura, yoga o teatro. La limpieza y el brillo están en manos de Susana, la encargada, y la podemos ver en cualquier sitio, siempre celosa de su trabajo y con una sonrisa que ilumina lo que el cepillo y

la fregona han dejado en la oscuridad. De este modo el Centro lleva abierto más de veinticinco años, siempre una referencia clara en la tarea de extender la cultura a los que quieren salir de la ignorancia en ese campo que tanto les gusta. Aquí, aunque hoy día parezca raro, no se vende nada y sólo se regala lo que dicen que no ocupa lugar: el saber.

—Mira que si sobre nuestro número cae el peso del «gordo» de la lotería... ¡las vacaciones van a ser de fábula!, comenta uno de los asesores al director.

—¡Ojalá, hombre! Si cae mucho dinero lo mismo el ayuntamiento tiene que renovar la plantilla porque nos jubilamos todos antes de tiempo.

—No, no creas, el dinero se acaba y la vida puede ser larga. Pero vivir sin agobios, eso no tiene precio. En fin, queda toda la mañana por delante y los premios grandes aún no han salido del bombo.

—La esperanza, que no deja de ser un engaño a uno mismo, es lo último que se pierde, ¿no?, sentencia el director como si hubiese desvelado un enigma oculto desde la eternidad.

Así pasarán la mañana. Hoy trabajan con otro ánimo, se sienten más solidarios y sonríen hasta a quien no les ha hecho mucha gracia durante este año que agoniza con escarcha y villancicos. Así un año y otro. Para que no cambien las cosas, tampoco se acordará de ellos la bolita tatuada que lleva en su tripa el mismo número que este Centro ha comprado por medio de Evaristo, el conserje que, dicen, tiene buena mano para esto de las loterías. Compró el número en una administración que vende consuelo muy cerca de aquí. Es un día importante, no olvidemos que con este impuesto de los pobres se llenan las arcas del estado y los bolsillos de los ricos que se harán dueños de esas arcas.

Briseida ha meditado muchas veces sobre este teatro que se monta todos los años. Ella no es ambiciosa, sólo quiere que la dejen vivir con sus libros, sus amistades y, si puede ser, con un amor a quien querer para alejarse, al menos alguna vez, de esa sensación agrídulce que la produce un mundo injusto que podría, con una dosis diaria de sentido común, girar de otra manera y, como ella ha

leído, hacer realidad esa edad dorada donde pacen juntos el lobo y el cordero. ¡Ay, Briseida, Briseida, nunca cambiarás! Te tomaste la vida muy en serio desde pequeña y pasaste mucho tiempo con una caracola en el oído para escuchar la canción del mar, pero el otro oído fue grabando el eco de las voces de piratas de mar adentro que son peores que los que surcaban los mares con su pata de palo, su calavera, su bandera negra y un corazón de agua que sólo buscaba su libertad. Demasiada seriedad, Briseida, tanta que tu carácter, a veces, hace huir a los de tu alrededor.

—¿Qué hay, Briseida? ¿Ya de vacaciones?, pregunta una compañera de conserjería.

—Sí, las empecé el día diecinueve. Hasta después de Reyes.

—Ya, ya... No sé cómo te las arreglas, pero lo haces bien, ya lo creo.

—Será porque trabajo mucho durante el año.

—Será eso, sonrío la de conserjería.

Briseida ha querido saludar a sus compañeros y vivir con ellos la ilusión del sorteo. La verdad es que tampoco tiene nada mejor que hacer. Se levantó pronto, habituada a la rutina diaria. Contempló la sierra nevada, tomó café y se puso a buscar en unas carpetas viejas y llenas de papeles. Hace tiempo que quería hacerlo, pero la pereza de desempolvar había hecho que desistiera en más de una ocasión. Allí había de todo: la papeleta con la nota que sacó en selectividad, el resguardo de su matrícula en la facultad de Filología Hispánica, apuntes y más apuntes, algún escrito que nunca entregó a Amador y que ahora no quiere leer, porque los recuerdos si se avivan quemar como las brasas. Hojea un cuaderno de apuntes que por la fecha estarían tomados en una clase de bachiller y, como si a propósito se abriese por esa página este cuaderno, Briseida se centra en una cita que, a ella, como a su admirado Saramago, llegaría al corazón. Eran unas líneas, seguramente tomadas en la clase de filosofía, de Karl Marx en sus *Manuscritos de 1848* y que, durante unos segundos, iluminaron los ojos de Briseida al leer: «si suponemos al hombre como hombre y a su relación con el mundo como una relación humana, sólo se puede cambiar amor por amor,

confianza por confianza». ¡Ya he desayunado bastante!, se dice para sus adentros acabando el café a la vez que vuelve a dejar las carpetas en el destierro hasta no sabe cuándo.

Quiere ver esta mañana a todos y desearles que, por lo menos, intenten ser felices en estas fechas en las que nos hemos empeñado en alcanzar la alegría para ocultar lo que han traído los once meses anteriores. No se lo dice así Briseida, pero lo da a entender, a sus compañeros.

—Vaya, la privilegiada nos visita, dice Susana desde el fondo del pasillo vestida con su impecable uniforme azul celeste.

—Hola, quería despedirme, pero, sobre todo, de ti. Me voy unos días. Paso la nochebuena con mi madre y mi hermano. Me voy hasta los primeros días del año.

—Bueno, bueno, ¿dónde va la dama esta vez?

—No lo sé todavía. Cinco o seis días yo sola.

—Sola. Sola para variar, ¿no?

—No empieces así que me aburres y me voy ahora mismo. Vente a tomar un café y luego digo adiós a esta panda de chiflados.

—Vale, espera un momento.



«Con esta novela, Ubaldo Fernández arroja una larga sonda al alma de una mujer de nuestro tiempo y, al mismo tiempo, rinde tributo al Nobel José Saramago haciendo numerosas referencias a sus obras. De este doble empeño resulta el retrato bien perfilado de esa mujer, que es profundamente tocada y casi hundida por la melancolía y por un dolor íntimo y antiguo. Sin embargo, el relato ofrece más que esas dos emociones grises: también hay espacio para la esperanza. Y para la sorpresa, incluso. Desde el punto de vista estilístico, la prosa de Ubaldo tiene ritmo pausado y paso largo, es escasamente adornada y fluye sin artificios. Curiosamente, es casi lo mismo que puede decirse de la propia protagonista de la historia: la imaginamos sencilla, de movimientos lentos y con un atractivo natural, lejos de la sofisticación; bella, triste y definitivamente interesante».

María Ángeles Rueda.

Poeta y autora del poemario *De tripas corazón*.

Doce Galles
EDICIONES

ISBN-13: 978-84-9196-247-7



9 788497 442497